

duda haberme atortolado, pero se equivoca mucho. ¿En donde está el doctor Alasco?

— En su laboratorio, dijo Foster, y no es posible hablarle ahora. Es preciso aguardar hasta despues del mediodia, para no interrumpirle en sus importantes, ; que digo importantes! en sus divinos estudios.

— Sí, en efecto, estudia la divinidad del diablo, dijo Varney; pero cuando yo le quiero hablar, todas las horas son á propósito para ello. Vamos á su *pandemonium*.

Asi dijo Varney, y con pasos apresurados é inciertos siguió á Foster que le condujo, atravesando corredores que amenazaban ruina, á la habitacion subterránea que ocupaba el químico Alasco. Aquí es donde en otro tiempo cierto abad de Abingdon, apasionado por las ciencias ocultas, no sin grande escándalo de los frailes, habia establecido un laboratorio en el cual, como otros muchos mentecatos de aquel siglo, habia consumido muchísimo tiempo, gastando ademas muchísimas sumas de dinero en busca del gran secreto.

Tony Foster se detuvo en el umbral de la puerta que estaba bien cerrada por dentro, y no se atrevió á llamar. Pero Varney se quitó de cuentos, y á fuerza de puñadas y de gritos repetidos, arrancó al sabio de enmedio de sus tareas. Alasco abrió la puerta poco á poco y

de mala gana; sus ojos estaban inflamados y oscurecidos con el calor y los vapores del alambique sobre el que meditaba: el interior de su celda ofrecia á la vista un confuso batiburrillo de sustancias heterogéneas y cachivaches extraordinarios. Salió refunfuñando impaciente:

— ¿No me será permitido ocuparme esclusivamente en los asuntos del cielo, dejando á un lado los de la tierra?

— ¡Los del infierno! dijo Varney, pues es aquel tu elemento. Foster, necesitamos de tí en nuestra conferencia.

Foster entró blandamente en el cuarto; Varney, que le siguió, cerró la puerta, y empezaron á deliberar en secreto.

Entretanto la condesa se paseaba en su cuarto, y la vergüenza y el temor estaban estampados en su hermoso semblante.

— ¡Malvado, decia, traidor, cobarde intrigante! Pero le he quitado la máscara, Juanita, he aguardado á que la culebra desenrollase delante de mí todas sus roscas, y se presentase arrastrandose con toda su fealdad. He suspendido mi enojo haciendome mucha violencia, hasta que descubriese el corazon que es mas negro que el abismo mas oscuro del infierno. Y tú, Leicester, ¿has podido ordenarme negar ni un solo instante los derechos legítimos que tengo sobre tí, ó cederlos tú

mismo á otro? Eso es imposible. El malvado ha mentido en todo cuanto ha dicho. Juanita, no quiero permanecer aquí mas largo tiempo. Temo á Varney, temo á tu padre. Sí, Juanita, siento decirlo, temo á tu padre, y sobre todo á ese detestable Varney. Quiero escaparme de Cumnor.

— ¡Ah! señora, ¿adonde podrá vm. huir? ¿y que medios tiene vm. de escaparse de aquí?

— Yo no sé, Juanita, dijo la desdichada Amy mirando al cielo y juntando las manos, yo no sé adonde huiré, ni con que medios podré evadirme; pero estoy segura de que no me abandonará Dios en una crisis tan terrible, porque estoy entre las manos de los malvados.

— No piense vm. en eso, señora mia, dijo Juanita, mi padre es de un carácter áspero, ejecuta rígidamente las órdenes que ha recibido; pero sin embargo....

En esto Antonio Foster entró en el cuarto con una copita de cristal en la mano y una botellita; se presentó de un modo muy notable. Aunque jamas se acercaba á la condesa sino con el respeto debido á su rango, habia dejado ver hasta entónces ó no habia podido menos de descubrir la natural dureza de su carácter. En esta ocasion, de ningun modo manifestaba aquel tono de autoridad que so-

lia ocultar con una afectacion poco diestra de civilidad y complacencia, del mismo modo que esconde un ladron su garrote y su par de pistolas debajo de los guñapos de su mala capa. Al mismo tiempo su sonrisa parecia mas bien efecto del temor que de algun otro afecto: instó á la condesa para que tomase un cordial precioso, decia él, que calmase su ánimo despues del mal rato que habia pasado; pero sus miradas denotaban que era cómplice de algun designio siniestro contra ella. Temblaban su mano y su voz, y todo anunciaba en él alguna cosa tan sospechosa, que su hija Juanita, despues de haberle mirado con admiracion, parecia prepararse de repente á ejecutar algun proyecto atrevido. Levantó la cabeza, y con un aire de resolucion y autoridad, poniendose entre su padre y su ama, quiso quitarle la taza, y dijo con tono firme y decidido:

— Yo llenaré la copa á mi noble señora cuando fuere de su agrado.

— No, hija mia, dijo Foster con viveza y con inquietud, no, hija mia, no serás tú quien sirva esta bebida á la condesa.

— ¿Y por que no, digamelo vm., si es preciso que la noble dama guste ese cordial?

— ¡Por que! ¡por que! dijo el malvado vacilando al principio, y enfadandose luego por

ahorrarse de otras razones; ¡por que! porque así lo quiero yo, hija mia. Vete al oficio de la tarde.

— Yo le aseguro á vm., dijo Juanita, que no saldré de casa hasta estar asegurada de la suerte de mi ama. Deme vm. ese frasco, padre; y le cogió, á pesar de él, de su mano que se abrió como por efecto del remordimiento: lo que debe hacer mucho bien á mi señora no podrá hacerme ningun daño. A la salud de vm., padre.

Foster, sin decir una palabra, se adelantó ácia su hija, y le arrancó el frasco de entre sus manos. Despues como turbado con lo que acababa de hacer, y enteramente incapaz de decidir sobre lo que haria, quedó en pié con el frasco entre sus manos, y los piés separados, echando á su hija una mirada en que la rabia, el temor y la maldad formaban una union horrorosa.

— Es bien estraño, padre mio, dijo Juanita echando sobre Foster aquella mirada con la que se dice que los loqueros someten á los infelices locos á su voluntad: ¿no me permitirá vm. ni servir á mi ama, ni beber á su salud?

El valor de la condesa la sostuvo durante esta escena terrible, conservando su natural indolencia; y aunque al principio perdió el color, la miró con calma y aun con desprecio.

— ¿Quiere vm. probar este cordial precioso, señor Foster? Quizá no me negará vm. condescender con mi deseo, aunque no lo permita vm. á Juanita. Beba vm., beba vm.

— No quiero, dijo Foster.

— ¿Para quien pues está reservado este brebaje raro? dijo la condesa.

— Para el diablo que le ha compuesto, repuso Foster; y volviendø la espalda, salió del cuarto.

Juanita miró á su ama con un semblante en que estaban estampados el bochorno, el pesar y el dolor.

— No llores por mi causa, Juanita, dijo la condesa con agrado.

— No, señora, replicó su compañera con una voz que cubrian los sollozos. No lloro por vm. sino por mí misma y por ese desventurado. Los que son deshonorados delante de los hombres, los que son condenados por Dios, esos deben llorar, pero no los que se hallan inocentes. A dios, señora, dijo cogiendo de prisa el traje que solia llevar cuando iba á los oficios divinos.

— ¿Me dejas, Juanita? dijo la condesa, ¿me abandonas en una posicion tan crítica?

— ¡Abandonar á vm., señora! dijo Juanita corriendo ácia su ama y cubriendo de besos su mano; ¡abandonar á vm. ¡ ¡ántes me

abandone la esperanza de salvarme, que tal cosa suceda! No, señora, vm. me ha dicho con muchísima razon que no la abandonará Dios en una ocasion tan terrible: hay un medio de evadirse; he rezado de dia y de noche para salir de dudas; estaba indecisa entre la obediencia que debo á ese desventurado que acaba de dejarnos, y la que debo á vm.; pero he salido de dudas de un modo severo y terrible, y no debo cerrar la puerta de salvacion que abre á vm. Dios mismo. Nada me pregunte vm., luego estaré de vuelta.

Al decir esto se acabó de vestir, y diciendo á la vieja que encontró en la antecámara que iba al oficio de la tarde, salió.

Al mismo tiempo estaba de vuelta su padre en el laboratorio, donde encontró á los cómplices del crimen que no habia osado cometer.

—¿Ha bebido el pajarito? dijo Varney con cierta sonrisa, y el astrólogo aguardó en silencio la respuesta.

—No, dijo Foster, y no será el hijo de mi madre el que la presente el veneno. ¿Quiere vm. que cometa yo un homicidio delante de mi hija?

—¿Pícaro cobarde! ¿no te han dicho ya, replicó Varney enfadado, no te han dicho ya que no se trata aquí de homicidio, como tú le llamas todo asustado y temblando? ¿No te han dicho ya que solo le causará una leve in-

disposicion, como las que suelen ellas fingir á cada paso, sin consecuencia, para poder repantigarse las holgazanas sobre un canapé, en vez de desempeñar sus tareas domésticas? He aquí un sabio que te lo jurará, si es preciso, por la llave del castillo de la Sabiduría.

—Juro, dijo Alasco, que el elixir que contiene la botellita que tienes en la mano no puede quitar á nadie la vida. Lo juro por la inmortal é indestructible quintaesencia de oro que está contenida en todas las sustancias de la naturaleza, aunque su existencia secreta no pueda ser descubierta sino por á quien Trimegistro cede la llave de la ciencia cabalística.

—¿Ese sí que es juramento! dijo Varney. Foster, serias peor que un pagano, si permanecieses incrédulo. Y tambien me crearás á mí, que te afirmo bajo mi palabra de honor, que si continuas haciendo la mula, no tienes que esperar que cambiemos tu escritura en una acta de propiedad. Alasco no te cambiará tu estaño en oro; y por lo que á mí toca, mi amigo Tony, tenga vm. buenas noches.

—Yo no sé, señores, dijo Foster, cual es el objeto que vms. se proponen; pero no daré mi brazo á torcer. Sea de esto lo que fuere, quiero tener alguno que rece por mí, y será mi hija. He vivido mal, he sido demasiado

apegado á los negocios del mundo ; pero mi Juanita es tan inocente como cuando jugaba sobre las rodillas de su madre ; al menos mi hija tendrá su asiento en aquella ciudad dichosa cuyas paredes serán de oro macizo , y de piedras preciosas sus fundamentos.

— ; Ojo al Cristo que es de plata ! dijo Varney ; por cierto , Tony , que seria ese un paraiso hecho á la medida de tu deseo ; prosigan vms. tan rica materia , doctor Alasco ; al instante vuelvo. Y al decir esto , se levantó Varney , cogió el frasco que estaba sobre la mesa , y salió del cuarto.

— Hijo mio , dijo Alasco á Foster luego que salió Varney , yo te protesto que por mas que diga este bufon atrevido é impío de la ciencia soberana , en la cual , gracias al cielo , me he aventajado tanto , no hay artista alguno de cuantos existen á quien reconozca por mi maestro. A mi lado todos son unos zascandiles. A pesar de todas las blasfemias que este réprobo se atreve á proferir sobre cosas demasiado santas para poder ser comprendidas por hombres que solo piensan segun la carne , yo te protesto que la ciudad que vió San Juan en la vision brillante del Apocalipsis , aquella nueva Jerusalem á la que todos los cristianos esperan llegar , anuncia en estilo figurado el descubrimiento del gran secreto ,

con el cual las mas preciosas y las mas perfectas creaciones de la naturaleza serán extraídas de sus producciones las mas viles y las mas groseras ; del mismo modo que la mariposa de alas ligeras y resplandecientes , el mas hermoso de los hijos de la primavera , se escapa del encierro de una informe crisálida.

— El señor Holdforth no ha hablado de esa version , dijo Foster , y por otra parte , doctor Alasco , la Escritura nos enseña que el oro y las piedras preciosas de la ciudad santa no son de modo alguno para los que cometen la abominacion ó fabrican la mentira.

— Pues bien , hijo mio , dijo el doctor , ¿ que se sigue de ahí ?

— Que los que destilan los venenos , dijo Foster , ó los que los dan secretamente , no pueden tener parte en aquellas inefables riquezas.

— Distingo , hijo mio , replicó el alquimista ; una cosa es lo necesariamente malo en sus medios y en su fin , y otra lo que , aun siendo injusto , puede sin embargo producir un bien. Si la muerte de un individuo puede acercar á nosotros el tiempo en que se obtendrá , con el deseo solo , el cumplimiento de todo lo que es bien , y la privacion de todo lo que es mal ; en que la enfermedad , los dolores , el pesar , obedecerán como esclavos á

la ciencia humana, y huirán á la menor insinuacion de un sabio; en que todo lo que hay ahora mas precioso y mas rico estará al alcance de todos los que escuchen la voz de la sabiduría; en que el arte de curar será completamente reemplazado por el remedio universal; en que los sabios serán los monarcas de la tierra, y en que la muerte misma obedecerá á su poder; si en fin esta dichosa consumacion de todas las cosas puede ser adelantada con un accidente tan poco importante como es la pérdida de un cuerpo débil formado de polvo, que debiendo seguir necesariamente la ley comun, es depositado en la sepultura algunos instantes ántes que lo hubieran ordenado las leyes de la naturaleza: ¿que es un sacrificio semejante, lo repito, para acelerar el Milenio ó Millar santo?

— Milenio es el reinado de los santos, dijo Foster.

— Di que es el reinado de los sabios, hijo mio, respondió Alasco, ó mas bien el reinado de la sabiduría.

— He tocado esta cuestion con el señor Holdforth en la última conferencia, dijo Foster, y sostiene que esa doctrina es heterodoxa, y esa esplicacion falsa y diabólica.

— El está enfangado en la ignorancia, hijo mio, respondió Alasco; está todavía que-

mando ladrillos en Egipto, ó á lo sumo errante en el árido desierto de Sinaï. Has hecho mal en hablar de cosas semejantes con un tal hombre. Entretanto te daré pronto una prueba que se guardará bien de refutar ese teólogo adusto con todas sus campanillas, aunque luchase contra mí como los mágicos lucharon contra Moises delante del rey Faraon. Obraré la proyeccion en tu presencia, hijo mio, sí, en tu presencia, y tus ojos serán testigos de la verdad.

— Dale con esa, sabio filósofo, dijo Varney que entró en aquel punto: puede negar el testimonio de tu boca, pero ¿como podrá negar el de sus propios ojos?

— ¡Varney, dijo el químico, Varney, de vuelta ya! ¿Has....? y se detuvo.

— ¿Has ejecutado tu comision? quieres decir, replicó Varney. Sí, y tú, añadió manifestando mayor emocion que lo habia hecho hasta entónces, ¿estás tú seguro de no haber puesto ni mas ni menos que la medida exacta?

— Sí, replicó Alasco, tan seguro como puede estarlo un hombre en proporciones tan delicadas, pues hay constituciones diferentes unas de otras.

— Entónces, dijo Varney, estoy tranquilo. Yo sé que no darás tú un paso de mas ácia el infierno sino á fuerza de dinero. Te han pa-

gado por una enfermedad, y te parecería una prodigalidad tonta cometer un homicidio por el mismo precio. Vamos, retiremonos á nuestros cuartos, y verémos mañana el resultado.

— ¿Que le has hecho tú para obligarla á obedecerte? dijo Foster temblando.

— Nada, respondió Varney; le he echado solamente una de aquellas miradas que doman á los locos, á las mugeres y á los niños. Me han dicho en el hospital de San Lucas (1), que tengo yo precisamente las miradas que son capaces de someter á los locos rematados. Los loqueros me pusieron en las nubes, y así, cuando me falte el favor de la corte, sé el modo de ganar un bocado de pan.

— ¿Y no temes, dijo Foster, que la dósis pueda ser desproporcionada?

— En tal caso, dijo Varney, su sueño será mas profundo, y este temor no es capaz de perturbar mi sosiego. A dios, amigos míos.

Tony Foster suspiró levantando los ojos y las manos ácia el cielo. El alquimista dijo que iba á continuar aquella noche una esperiencia de grande importancia, y Foster y Varney se separaron para entregarse al reposo.

(1) Hospital de los locos en Londres.

CAPITULO XXIII.

« Ahora; que Dios me ayude en esta cruel peregrinacion! He desechado léjos de mí la esperanza de todo socorro humano. ¡Oh! ¿quien pudiera desear ser muger... esa criatura lamentable, desolada, tierna y fiel? La muger se vé tratada con dureza por aquellos mismos á cuya ternura tiene mas derecho, y todas sus bondades no sirven sino para hacer á los hombres ingratos. »

La Peregrinacion de amor.

ACABABA el dia; y temiendo, si diferia su ausencia, escitar investigaciones en una casa tan recelosa como el castillo de Cumnor, Juanita se dió prisa en volver, y subió al cuarto en que habia dejado á la condesa. Hallóla apoyada la cabeza en los brazos cruzados sobre una mesa, y entró Juanita sin que ella levantara los ojos ni hiciese el menor movimiento.

Esta fiel criada corrió ácia su ama como un relámpago, y sacandola de su abatimiento la preguntó que era lo que la habia puesto